

ESCAPARATE DE LIBRERIA

El otro día quise saber qué era eso del comunismo. Así que me metí de repente en una de esas librerías y pedí al dependiente que me ayudara. El empleado acudió con una pila de libros de bellísima estampa cuyos títulos y precios, si mal no recuerdo, eran los siguientes:

- «¡SORPRENDA CON SU MARXISMO A SUS CRIADOS! CONVERSION EN SEIS DIAS» (900 pesetas).
- «EL COMUNISMO UTOPICO» (1.100 pesetas).
- «MARX, JESUCRISTO Y OTROS» (1.500 pesetas).
- «ENGELS TENIA RAZON» (5.000 pesetas).
- «LENIN, EL QUINTO EVANGELISTA» (1.300 pesetas).
- «HISTORIA DE LAS COMUNAS BURGALINAS» (600 pesetas).
- «EL CAPITAL» (Ediciones del Banco de Vizcaya) (3.200 pesetas).
- «MATERIALISMO DIALECTICO EN ANDALUCIA» (1.500 pesetas).
- «DEL SUBMARINO DE PERAL AL ACORAZADO POTEMKIN» (800 pesetas).
- «LOS AMORES SECRETOS DE STALIN» (40 pesetas).

A la vista de esto uno piensa que el señor Ruiz Gallardón tiene —igual que ese Engels— toda la razón: hay demasiado socialismo al alcance de cualquiera. Acabo de leer todos esos títulos, pues mi curiosidad era grande, y he de confesarles que no merecen la pena. No hagan ustedes ese desembolso: adquieran Telefónicas.

JACK



CINE



«MURIERON CON LAS BRAGAS PUESTAS»

de Harry Breast (Reposición)

Cuando yo vi, en una ciudad de Montana, esta obra prima de Breast, «Murieron con las bragas puestas» («They are died whit the Knickers on»), estaba en la línea de una serie larga de películas patrióticas con el claro destino de elevar la moral de las tropas americanas en los diferentes teatros de guerra y hacerles confiar en que, en el improbable caso de una derrota, las mujeres americanas morirían defendiendo su honor como una sola mujer, tal como lo cuenta esta historia triunfalista del largo viaje de una caravana de mujeres a través de inhóspitos territo-

rios. Como es sabido, la historia que la película materializó en aquellos lejanos años cuarenta es la de las chicas que, dirigidas por Carmen La Rue, parten de Boston para abastecer los lupanares del lejano Oeste. Por un error lamentable, la escolta toma mal el Metro, y las mujeres deben emprender solas su largo viaje. Después de una serie de peripecias que mantienen despierto el interés del espectador, llega el momento cumbre en que la caravana es atacada por indios malos, violadores. Dirigidas por la señorita La Rue, forman el círculo con los carros y se defienden heroicamente hasta que mueren todas con las bragas sin arriar. Entre una serie de aciertos estéticos, atribuíbles a la experta dirección de Breast, el plano final es una muestra de buen cine: la cámara, partiendo del final de una panorámica elevada, entra en un lento «travelling», funde a un plano medio de La Rue y su lugarte-

niente, y en otro corto «travelling» recoge la braga intacta de la protagonista con la bandera cosida entre un cuadro de encajes.

El interés que siempre tiene ver las primeras cintas de un realizador tan importante como Harry Breast, se acrecienta en este caso por la coincidencia en pantalla con un film que contempla el mismo suceso desde un ángulo nuevo. «Pequeño gran hombre» («Little big Powder») retrata a Carmen La Rue como una ninfomana perversa, que sale al viaje con sus chicas con la plena conciencia de que hay indios sueltos, salidos, en su itinerario. En el lugar llamado Little big Powder, los indios aparecen en pequeño número y sin dar muestra de que las pioneras les hayan impresionado excesivamente. Por el contrario, éstas sufren una gran excitación al ver a los pieles tan ligeros de ropa y no saben qué hacer para llamar la atención de los abúlicos abori-

genes. Entonces es cuando Carmen La Rue da el grito que desencadenará los acontecimientos: «¡Arriando bragas!», todas obedecen rápidamente y caen sobre los indios sin darles tiempo a nada. La larga panorámica impresionante de treinta pares de bragas repartidos por los espinos, como una lúbrica banderada, apoya el *The end* de una de las obras maestras del moderno cine americano. Cuando yo vi este film en Minnesota, el público joven, universitario, crítico, que vibraba cuando la ronca voz de Carmen La Rue (Pinky Tejada) grita: «Knickers down!», no era evidentemente el mismo que aplaudía frenético el plano postrero de «They are died whit the Knickers on». De aquel film a éste, un largo camino de contradicciones y una gran vocación autocrítica ha dado, sin duda alguna, una faceta nueva al ser americano y a su circunstancia.

GERMAN LASTIAS

